

«El uno,—dice,—ligeramente vestido, estimula á su corcel, adivinándose en la ligereza de sus movimientos el acierto con que sabe disparar el venablo. Otro monta un caballo blanco, y su túnica roja bordada de oro sólo le cubre hasta la mitad del muslo. El de más allá, que ciñe brillante coraza y lleva las piernas defendidas por botas de cuero, se arroja sobre un enorme jabalí con ánimo resuelto de darle muerte.» Estas últimas palabras nos revelan un hecho que no han mencionado otros autores cinegéticos; y es el de que, para habérselas con el jabalí y neutralizar el efecto de sus terribles dentelladas, llevaban los cazadores corazas, coseletes y polainas de cuero, que subían hasta media pierna y se sujetaban con fuertes correas.

Las armas arrojadas se usaban mucho en las cacerías á caballo; pero la mayor parte de las veces echaban los jinetes pie á tierra para medir sus fuerzas con las del animal.

Entre los indicios que deben guiar en el campo á los cazadores, mencionan los antiguos la huella en las tierras movedizas, las ramas rotas en los matorrales, y en los bosques las dentelladas que da el jabalí á los troncos de los árboles.

El primero que hacía verter sangre al animal recibía los plácemes de todos sus compañeros de batida; y el que daba muerte á la bestia era dueño de ella, distribuyendo el botín á su antojo y sin intervención de nadie.

Los cazadores antiguos, cuyos trenes estaban montados admirablemente, no se cuidaban gran cosa de economizar la sangre de sus perros ni de proteger sus vidas. En las grandes monterías quedaban aniquiladas jaurías enteras, compuestas de perros de Creta, de Escocia y de las Galias, que eran los más costosos y los mejor reputados de entonces. Los perros dogos se arrojaban sin vacilar sobre los jabalíes con una intrepidez sin igual; y, según Eliano asegura, aquellos perros, originarios de la India y de Albania, se apareaban con los tigres, y á la tercera generación, la raza degenerada era susceptible de domesticarse. Strabón no escatima sus elogios á esta casta especial de perros.

Gracío encomendaba mucho que no se empleasen en la caza del jabalí perros de esos que ladran mucho, aun antes de ver á la bestia, y cuyo ardor es muy perjudicial, porque el jabalí, acosado, oye por donde vienen sus perseguidores, y evita que le den alcance. «Los perros,—dice Oppiano,—deben seguir en silencio la pista del jabalí, trabajo largo y peligroso, porque la fiera hace frente de vez en cuando, y cada parada en su carrera causa grandes bajas en la jauría.»

Marcial nos ha trasmitido el texto del epitafio de una perra célebre por su intrepidez en este género de caza. Este poético recuerdo, que atestigua todo el cariño que tenían á sus perros los cazadores de entonces, termina con las palabras siguientes: «Muro bajo las crueles dentelladas de un jabalí furioso como los de Calydón y Erimanto, y no me quejo por haber sido precipitada tan pronto á la región de las sombras infernales. No podía morir de muerte más hermosa.»

Las armas que se empleaban generalmente en las cacerías eran la pica y el venablo: este último estaba provisto de un hierro ancho y cortante ajustado sobre una madera muy dura. El hierro de las picas medía cerca de 38 centímetros de largo y le aseguraban al asta con sólidos travesaños de cobre. La madera de las lanzas era de serval bravío, árbol muy reproducido entonces. El venablo ó jabalina se arrojaba á las reses, y la pica servía para esperar á pie firme el choque del jabalí. Además, los antiguos cazadores iban provistos de un largo cuchillo, con el que se acometía de cerca el animal en el caso de que se rompiera é inutilizase la pica.

Las *Cinegéticas* establecen de un modo afirmativo que, para cada caza y contra cada bestia feroz, existen armas especiales más útiles y apropiadas al objeto que se quiere conseguir; y así es que Gracío cita el caso de Anceo, quien, á pesar de su valor y su destreza, pereció bajo los colmillos de un jabalí, aunque iba armado de un hacha de dos filos.

Tal era la regla; pero en materia de caza, como en otras muchas, se falta á ella con frecuencia. La costumbre en ciertas comarcas, y el capricho de los cazadores, dan origen á una larga serie de armas usadas en la antigüedad, y en las que figuran principalmente la lanza, la pica, la flecha, el arco y el hacha.

III

Todos los jabalíes se asemejan mucho, tanto por su conformación como por sus costumbres: las ligeras diferencias que presentan, residen en su estructura más ó menos pesada, y en la forma de los dientes, particularmente de los molares.

Algunos naturalistas han distribuido estos animales en varios grupos, el primero de los cuales comprende los jabalíes propiamente dichos, cuyos caracteres generales son harto conocidos para que haya necesidad



Jauría acosando al jabalí

de indicarlos. Pasaremos pues, desde luego, á trazar la historia de las especies.

El jabalí es un vigoroso animal de cerca de 2 metros de largo, sin contar la cola, que mide más de 0'30 metros; la altura es de 1 metro hasta la cruz; su peso varía entre 100 y 250 kilogramos, según habite tal ó cual cantón, y según el alimento. Los jabalíes de los pantanos son mayores que los de los bosques secos; los de las islas del Mediterráneo nó se pueden comparar con los del continente.

El jabalí se asemeja mucho á su descendiente doméstico: tiene el cuerpo más corto y recogido, las piernas más fuertes, la cabeza más prolongada y aguda, las orejas más rectas, largas y aguzadas, y los colmillos más desarrollados. El color varía: es, por lo regular, negro, viéndose muy pocos individuos grises, rojos, blancos ó manchados. Los pequeños tienen un tinte gris rojizo con manchas amarillentas dirigidas de atrás á delante, las cuales desaparecen en el transcurso del primer mes; cubren el cuerpo sedas largas, cerdosas, divididas á menudo en la punta, y entre las cuales hay un bozo más ó menos abundante, según las estaciones. Debajo del cuello y en el bajo vientre se dirigen las sedas hacia delante; hacia atrás en todo el resto del cuerpo, formando en el lomo una especie de crin; son ordinariamente negras ó de un pardo oscuro, con la punta amarillenta, gris ó rojiza, lo cual comunica al color dominante un tinte algo más claro. Las orejas son de un pardo negro; la cola, el hocico, la parte inferior de las piernas y las pezuñas, de color negro; el de las sedas de la parte anterior de la cara varía comúnmente.

Los jabalíes rojos, manchados, ó blancos y negros, se consideran por lo regular como descendientes de los cerdos domésticos que se abandonaron en otro tiempo para aumentar el número de la especie destinada á la caza.

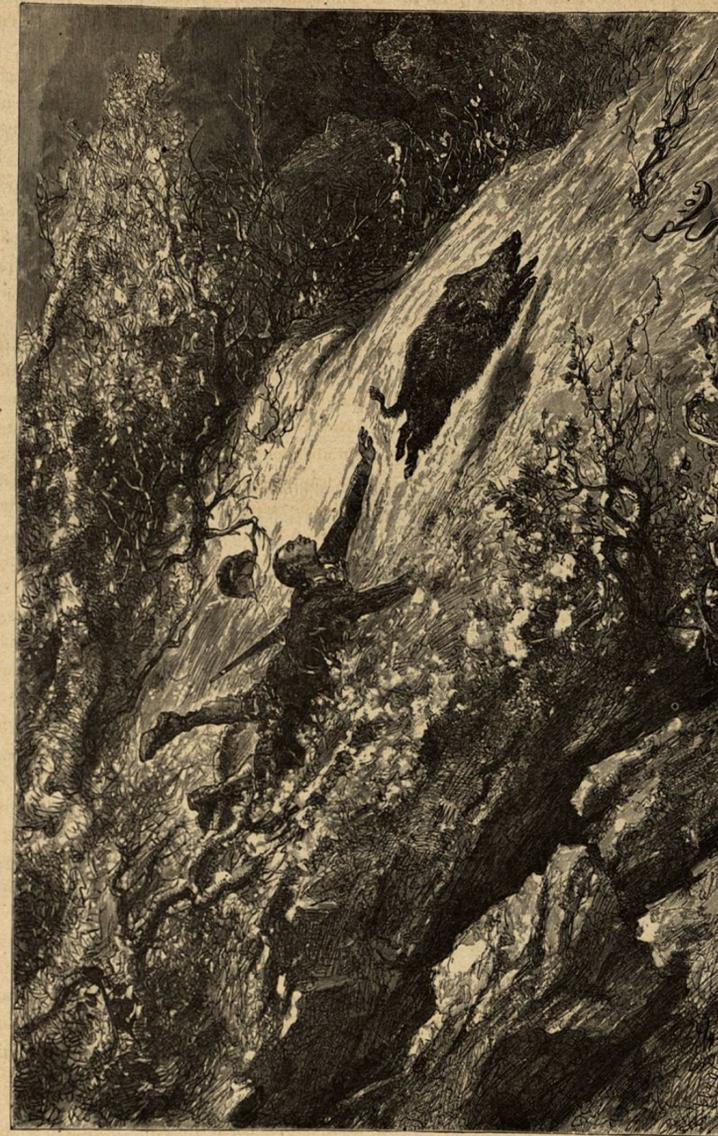
Distribución geográfica.—El jabalí es el único paquidermo de Europa, el cual, con tanta satisfacción de los cultivadores como gran sentimiento de los cazadores, se halla próximo á extinguirse. En otro tiempo estaba muy propagado, mas ahora no se le encuentra sino en algunos países de Europa. Abunda mucho todavía en Asia y en el norte de Africa; por el norte no pasa del 55° de latitud; no se halla en ninguno de los países situados al norte de las costas del Báltico, pues en los unos ha sido exterminado, y no ha existido en los otros jamás. Las tentativas de aclimatación que se hicieron desde 1720 hasta 1751, bajo el reinado de Federico I, no produjeron resultado alguno. En Alemania,

sin contar los que viven en los parques, no se encuentran ya jabalíes sino en las montañas de Turingia, en la Selva Negra y en el Riesengebirge.

Los jabalíes son más comunes en Polonia, Galitzia, Hungría, en el mediodía de Rusia, Croacia, Grecia y España. En Asia se les encuentra desde la zona templada de Siberia y la gran Tartaria hasta el Himalaya. Según varios autores, el jabalí de las Indias es del todo diferente. La especie es muy común en el norte de Africa, en Marruecos, Argel, Túnez y Egipto.

Usos, costumbres y régimen.—Busca los parajes húmedos y pantanosos, así los bosques como los sitios cubiertos de altos y espesos cañaverales; en Europa prefiere los grandes bosques; en Asia y Africa se alberga en medio de los pantanos ó en las inmensas selvas. En varias localidades de Egipto habitan los jabalíes todo el año en las plantaciones de cañas de azúcar, sin abandonarlas jamás; se comen las plantas; se revuelcan en el agua, y se hallan tan á su gusto, que no se puede conseguir ahuyentarlos. En el Delta permanecen en los sitios cubiertos de altas yerbas y cañaverales, y en todo el bajo Egipto frecuentan los matorrales que crecen en los diques.

En los bosques suelen elegir las espesuras de terreno húmedo; en la India habitan en las más enmarañadas, de donde no se les puede obligar á que salgan: allí practica el animal un hoyo bastante grande para poder introducir en él todo el cuerpo. Cuando le es posible hacerlo, tapiza su agujero con musgo, yerbas y hojarasca, formando un cómodo lecho. Todos los jabalíes de una manada se revuelcan en el mismo escarbadero, con la cabeza vuelta hacia el centro; en invierno les gusta echarse en montones de paja y cañas; así es que algunas veces, al acercarse el cazador, ve de repente que se mueven aquellas masas, convirtiéndose en una manada de jabalíes. Este paquidermo vuelve cada día á su escarbadero, y toda la manada no suele ocupar más que uno en invierno. Exceptuando los machos viejos, á los que agrada la soledad, todos los demás cambian de domicilio en verano, y perjudican mucho por esta costumbre. Los jabalíes son, por lo regular, sociables; hasta la época del celo viven las jabalinas con los machos jóvenes. Durante el día se echa la manada perezosamente en su escarbadero, y por la tarde busca de comer. Los jabalíes permanecen al principio en la espesura y en los claros del bosque; escarban la tierra, ó corren á un estanque en el cual se bañan. Esto parece serles muy preciso, pues á menudo recorren varias leguas para tomar el baño. Hasta que todo está tranquilo no entran en los campos; pero, una



Peripicias de una caza del jabalí

vez instalados en ellos, no los abandonan fácilmente. Cuando los trigos comienzan á madurar es muy difícil alejar á estos animales, que destruyen más de lo que comen, y devastan á menudo grandes extensiones de terreno.

En los bosques y las praderas comen trufas, lombri-

ces y larvas de insectos; en otoño y en invierno buscan bellotas, fabucos, avellanas, castañas, patatas y rábanos. Comen de todo, aunque sean restos de animales muertos, y hasta los cadáveres de sus semejantes; pero jamás acometen, para devorarlos, á los mamíferos y pájaros vivos.

El jabalí ofrece muchos puntos de contacto con el cerdo doméstico, y por el uno se puede reconocer el otro, si bien el primero es un ser más perfecto que el segundo, degradado por la esclavitud. Todos sus movimientos son rápidos e impetuosos, aunque algo pesados y torpes; su carrera es bastante viva, siguiendo generalmente la línea recta. La manera que tiene de penetrar en una espesura que parece impracticable, es harto singular. Su cabeza puntiaguda y su cuerpo angosto parecen expresamente conformados para que pueda abrir brecha en sitios por donde ningún otro animal sabría pasar; su hocico traza la senda, sigue el cuerpo, y avanza como una flecha. Yo he visto con frecuencia en Egipto á los jabalíes que corrían por los cañaverales de los diques y las plantaciones de caña de azúcar, y circulando por la más compacta espesura como si ya estuviera el sendero abierto: Los pantanos y los brazos de mar no bastan para detenerlos: los atraviesan á nado, y hasta se han visto cerdos domésticos que pasaban de una isla á otra. La estructura de estos animales les facilita semejante ejercicio; su cuerpo de forma de pez, y su espesa capa de grasa, les permite sostenerse en el agua: bástales mover ligeramente las piernas para poder avanzar con rapidez.

Todos los jabalíes son prudentes y vigilantes, sin que por esto se les deba tildar de tímidos, puesto que pueden confiar en su fuerza y en sus formidables armas. Oyen y olfatean muy bien, pero su vista es mala, según se ha tenido ocasión de reconocer en las cacerías: ningún otro animal cae como él sobre el cazador cuando éste permanece tranquilo al viento, y á ningún otro se puede uno aproximar tanto: Cuando yo cazaba aves en Egipto me sucedía con frecuencia llegar á la distancia de quinientos pasos de un jabalí sin que pareciese notar mi llegada. Semejantes ocasiones suelen ser funestas para el animal, pues allí donde la caza es libre no se puede resistir el deseo de probar la precisión de una carabina cuando se tiene delante tan magnífica pieza.

No debe creerse que el jabalí tiene un gusto depravado, pues cuando su alimento es abundante sabe elegir siempre los pedazos mejores; tampoco carece de tacto.

Su inteligencia es menos limitada de lo que generalmente se cree. Este animal es manso; pero hostigado por los perros, sus más encarnizados enemigos, hace frente y se defiende con sus colmillos. En cuanto al hombre, no le acomete nunca si no se le provoca antes; no hace caso de él si pasa tranquilamente á su lado, ni piensa en huir; pero si le excitan se enfurece, y se

precipita ciego contra el agresor. Dietrich de Winckell cuenta que en su juventud se vió precisado un día á lanzar su caballo á escape para librarse del furor de un jabalí al que había dado un latigazo al pasar.

«El cazador,—dice,—debe ponerse en guardia cuando el jabalí está herido, porque cae sobre él con una violencia sorprendente. Sus colmillos causan heridas peligrosas; rara vez se detiene y mucho menos retrocede. Si se tiene la suficiente presencia de ánimo, se debe dejar llegar al jabalí á pocos pasos, refugiarse entonces detrás de un árbol, ó dar un salto de lado, porque como este animal no es diestro para volverse, sigue adelante. Si no es dado salvarse así, no queda más remedio que tirarse al suelo, pues el jabalí no puede herir sino de abajo arriba, y nunca viceversa.»

La jabalina no se enfurece tan pronto como el macho, pero no es menos valerosa que él, y aunque hiera menos gravemente, es más terrible, por que se detiene ante el objeto de su cólera, le pisotea, le muerde y le arranca pedazos de carne. Ante una jabalina no se debe uno tirar al suelo para salvarse, y si el cazador no tiene arma de fuego le es forzoso sacar su cuchillo de monte y confiar en su fuerza y su destreza. Los jabalíes jóvenes, y hasta los jabatos de un año, acometen á veces al hombre cuando están acorralados, aunque no pueden morderle mucho.

Basta ver los colmillos del jabalí para comprender que constituyen un arma terrible; los machos se distinguen de las jabalinas por estar mejor armados; á los dos años salen estos dientes, á los tres adquieren mayor desarrollo los de la mandíbula inferior, y se dirigen hacia arriba, encorvándose ligeramente; también sucede lo mismo con los superiores, que se apartan de la mandíbula; pero no son la mitad tan largos. De un color blanco brillante, agudos y punzantes, agúzanse cada vez más por el frotamiento; cuanto más avanza en edad el individuo, mayor es la curvatura y aumenta su fuerza y longitud. En el jabalí viejo se encorva el colmillo inferior casi por encima del hocico, y entonces no es ya útil para la lucha más que el superior. Las heridas que produce son muy peligrosas y mortales cuando interesan un órgano importante. El animal los hunde en las piernas ó el vientre de su adversario, levanta luego la cabeza, la echa hacia atrás y profundiza y ensancha la herida de un solo golpe, atraviesa todos los músculos de la nalga hasta el hueso, ó separa las paredes abdominales y desgarran los intestinos.

Los jabalíes fuertes acometen á los animales que son mucho mayores que ellos; pueden abrir á un caballo el

vientre y el pecho; siendo de advertir, que los individuos de seis y siete años son más peligrosos que los de edad más avanzada, cuyos colmillos están muy encorvados hacia adentro.

En caso de peligro se prestan estos animales mutuo apoyo; la madre, sobre todo, defiende á sus hijos con valor. Una jabalina que tenga jabatos pequeños es un animal de los más terribles, pues cuando se le quita uno no cesa en la persecución hasta que lo recobra.

La voz del jabalí se asemeja en un todo á la del cerdo doméstico; al andar tranquilamente deja oír un gruñido que indica su satisfacción.

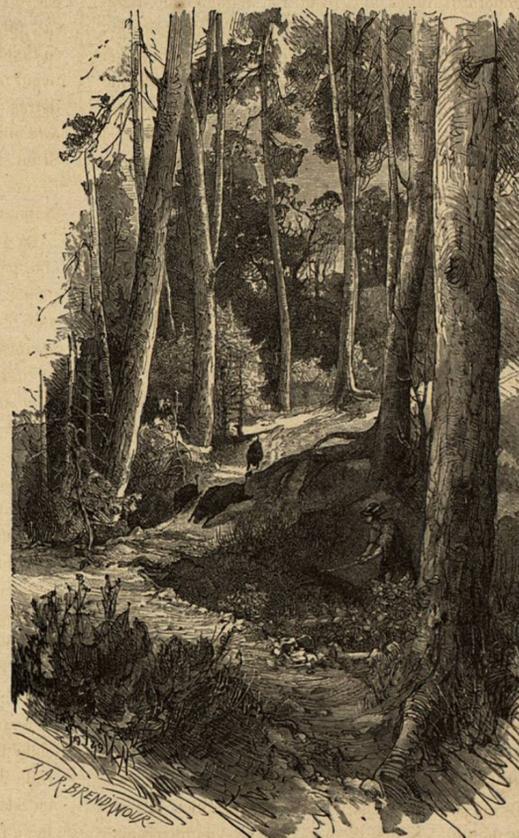
Cuando padecen las jabalinas y jabatos lanzan gritos de dolor; el macho, por el contrario, guarda silencio por grave que sea su herida. Su voz, más sorda que la de la hembra, consiste en un mugido, y se oye sobre todo cuando el animal reconoce un peligro.

La estación del celo comienza á fines de noviembre, y dura de cuatro á cinco semanas, ó acaso seis. Las jabalinas que durante este período paren dos veces al año proceden, sin duda, de los cerdos domésticos que han recobrado su libertad; las que son realmente de origen salvaje no entran en celo sino una sola vez al año; las jóvenes pueden reproducirse á los diez y ocho ó diez y nueve meses. Al acercarse dicha época se reúnen los solitarios con las manadas, ahuyentan á los machos menos fuertes y corren con las jabalinas. Los machos de igual vigor empeñan luchas tenaces y encarnizadas; pero rara vez se descargan golpes mortales; los reciben por lo regular en los colmillos ó en el vientre; y cuando los dos adversarios son de igual fuerza, y queda indecisa la victoria, acaban por tolerarse uno al otro.

A las diez y ocho ó veinte semanas del apareamiento, la jabalina joven pare de cuatro á seis hijuelos, y la vieja de once á doce. De antemano prepara en alguna solitaria espesura un lecho cubierto de musgo, hojas y tallos de pinabeto; allí permanece echada durante quince días con su prole: sin abandonarla más que el tiempo necesario para comer. Bien pronto se la lleva consigo, y á menudo se encuentran varias jabalinas que velan juntas sobre su prole: si una de ellas llega á morir, las alumnas se encargan de cuidar á los huérfanos.

Una manada de jabatos pequeños es curiosa de ver, porque son animales muy graciosos: su pelaje, man-

chado y bonito, y su gentileza y vivacidad, contrastan singularmente con la pereza y pesadez de los padres. Las jabalinas marchan delante con mucha gravedad; detrás de ellas corren los pequeños, chillando, gruñendo y dispersándose; luego se reúnen, detienen para dar alguna pesada voltereta, ó rodean á su madre,



Jabalíes

obligándola á pararse para mamar. Esto dura toda la noche: por el día no puede apenas permanecer tranquila en su escarbadero la turbulenta manada, y está en continuo movimiento.

Nada excede al valor y osadía con que la jabalina defiende á sus pequeños ó á los que adoptó; al primer chillido de un jabato, llega presurosa sin detenerse ante el peligro, y acomete al agresor, quien quiera que sea. Un hombre que se paseaba á caballo encontró unos